

EL ESTUCHE
DESTELLOS DE UNA INFANCIA FUGAZ

Juan Francisco Aceña Caballero
2017



- EL ESTUCHE. DESTELLOS DE UNA INFANCIA FUGAZ -

Por el camino de los pensamientos, así conocido al estar flanqueado por chalecitos con rejas cubiertas de dichas flores, andando bajo la sombra de grandes acacias, que hacen de escolta protectora en su recorrido, voy de la mano de mi madre hacia el colegio de las monjas, situado al final de este camino en otro chalet mayor y justo al lado de una pequeña iglesia. Es mi primer día de colegio y no pierdo detalle de lo que veo. Todo me llama la atención, así olvido el mal rato que he pasado en casa antes de salir, pues empezar esta aventura desconocida era lo peor del mundo. De pronto, entre los pensamientos que cubren la verja de un chalet, observo con sorpresa una flor más grande que sus compañeras y que además se mueve sonriendo. Suelto la mano de mi madre para tocarla, pero la flor me hace burla y desaparece, dejando el regalo de unas risitas que se alejan rápidamente.

Ya en el colegio, después de un rato con libros de dibujos y cuadernos de palotes, salimos al recreo en donde hice amistad con otro niño más llorón que yo, pues todavía hipaba de vez en cuando, por lo que quise consolarle jugando con él. Al poco tiempo le tuve que dejar al ver en el jardín, formando parte de un corro de niñas, a la flor que me hizo burla. Sin pensarlo, fui hacia ella y le saqué la lengua también, provocando las risas de sus compañeras y que la flor con piernas corriera a esconderse entre los setos. En un rincón la encontré: “¿Cómo te llamas?”, le dije. “Me llamo Mariemi. ¿Y tú?”, contestó a su vez, preguntando. “Yo soy Tito y tengo 5 años”, le respondí. “Yo también tengo 5 años”, dijo sonriente y se fue corriendo a jugar con sus amigas.

Las monjas de aquel colegio eran muy ricas, pues tenían muchas cajas de zapatos llenas de oro que guardaban en una habitación donde nos llevaron una vez. Sin embargo, también eran generosas, ya que cuando llegaba el santo de un niño o niña le regalaban una de esas cajas, por lo que el día de San Juan, sor Leonor, que era nuestra monja, me dio una. Fui muy feliz con el regalo, pero a los pocos días la felicidad aumentó, pues aquel oro se fue convirtiendo en mariposas blancas. Lo único malo de ellas es que ponían cagaditas en la caja. Al preguntarle a mi madre, dijo entonces que eran los huevos de donde saldrían nuevas vidas, haciéndose después capullos amarillos, quienes servían para elaborar la seda o bien se hacían mariposas otra vez.

Pasado cierto tiempo supe que el papá de Mariemi era también militar, como el mío, además de amigos, pues un día nos invitaron a su chalet para celebrar algo. Lo pasamos los dos estupendamente con los columpios y jugando con otros niños. A veces nos llevaban al campo a buscar grillos, así como a ver bichos raros debajo de las piedras o cogiendo flores para nuestras madres, pero lo que más nos gustaba era cuando nos bañábamos en el río o nos paseaban en barca para explorar la isla del Hada Pobre o la de los Misterios, en donde se decía que allí había un ogro escondido, porque no le agradaban las visitas. En verano iban nuestros padres a un campamento. El de ella, como instructor y el mío, como

médico. Yo nunca había estado en tal lugar y cuando un día fui a verlo me impresionó la presencia de dos gigantes que había en la entrada. Mi padre dijo que eran los centinelas. Hasta entonces la palabra capitán, como él, significaba lo más glorioso para mi forma de pensar, pero desde aquel día tuve que añadir también a este concepto el de centinela, y cuando les vi saludar, presentando armas, me emocioné correspondiéndoles a mi manera. Ambos sonrieron, haciendo un guiño mientras les miraba con admiración.

Durante unas semanas dejé de ver a Mariemi hasta que, con motivo de la jura de bandera en el campamento, nos vimos allí con su familia. Mientras se sucedían los actos de tal celebración e influido por la música de marchas militares, hubo un momento en el que mirando con emoción sus trenzas rubias, movidas por el viento sobre el fondo de un castillo lejano, me imaginaba que se iban a enredar entre las almenas y tendría que ir a rescatarla. Entonces le di un beso sin darme cuenta y salí corriendo hacia el castillo, pero estaba más lejos de lo que pensaba y opté por esconderme detrás de un árbol, observando desde allí la reacción que había tenido. No la pude ver porque, al parecer, también se había escondido. Tan solo se escuchaban sus risitas cuando el ritmo de la música hacía alguna pausa. Finalmente, superado el sentimiento de vergüenza por el deseo de estar juntos, pasamos un día muy feliz celebrando la fiesta a nuestra manera, indiferente a la de los mayores.

Un día vino un amigo mayor y me llevó al almacén secreto donde la pandilla del barrio tiene escondida la leña para nuestra hoguera del día de San Juan, pues, junto con otros niños, tenemos que vigilar que no la roben los de otros barrios. Mientras tanto, los más mayores van a hacer frente a los de San Isidro, porque hoy vienen para llevársela. Ante esta situación, escondidos entre los árboles y taludes del descampado que rodea la barriada, les esperan con piedras y palos, alejados de las casas, pues al ser casi todas de una sola planta, evitan de esta forma que las tejas corran riesgo de romperse con las pedradas. En el almacén esperamos con impaciencia apenas contenida y por eso, en cuanto escuchamos el jaleo, salimos todos para no perder el espectáculo, olvidándonos de la leña y que somos pequeños. Esto no es obstáculo para unirnos a los mayores, estorbándoles en su estrategia, pero con más audacia que ellos. Durante la refriega, debido a tal imprudencia, recibo una pedrada encima de la oreja y como consecuencia, al ver la sangre, todos huyeron corriendo. La leña se salvó esta vez gracias a mi mala cabeza, pero cuando llego a casa lo peor fue la regañina de mi madre y el castigo de no salir a la calle unos días, salvo para ir al colegio en donde los compañeros me admiraron como si fuera un héroe. Lo mejor fue que Mariemi diera un beso en el esparadrapo que cubría la herida y que dejara a sus amigas en el recreo para estar conmigo.

Ciertas tardes, cuando el sol, cansado de trabajar durante el día apartando nubes o eliminando sombras, se acostaba voluptuosamente entre encajes rosáceos sobre la línea del horizonte, era el momento mágico en el que algunos niños del barrio nos reunimos en el fielato, situado a la entrada de la ciudad,

sentados en taburetes alrededor del vigilante para escuchar sus historias de miedo. Este era un hombre muy mayor, el rostro surcado por arrugas y con gafas de gruesos cristales sobre una enorme nariz, presentando el aspecto de un monstruo marciano. Se sentía un personaje importante al ser objeto de nuestra atención, pues nos gustaba oír sus relatos bajo la luz mortecina de una bombilla. Mientras, de vez en cuando, el monstruo hacía una pausa para engrasar su garganta con un trago de la botella que tiene encima de la mesa. Cuando llega al final del relato apaga la luz inesperadamente y entonces salimos corriendo asustados hacia nuestras casas, perseguidos por sus carcajadas. Al anoecer siguiente volvemos de nuevo porque, a pesar de las pesadillas, la curiosidad por historias siniestras como la del hombre del saco, el tío Camuñas y otras del mismo estilo, podía más que el miedo. Después, cada vez que yo tenía ocasión, esos relatos se los contaba a Mariemi y sus amigas, exagerándolos para divertirme con sus gritos.

Un año hicimos la primera comunión en la pequeña iglesia de la parroquia, al lado del colegio. Lo importante para mí, y sospecho que también para Mariemi y los demás niños, no eran las catequesis preparatorias del acontecimiento, ni éste tampoco. Lo emotivo era el ser protagonistas del mismo, vestidos de gala con trajes blancos de marinero o de novias. También había la costumbre dicho día de llevar una bolsita en la que conocidos y familiares echaban monedas como regalo, por eso quizá se decía que era el más feliz de la vida. Sin embargo, mi felicidad fue la posibilidad de ir de pareja con Mariemi cuando la fila de niños se acercara a recibir la comunión, como así ocurrió el día señalado para hacerlo, gracias a sor Leonor que nos puso juntos, por lo que nos ilusionamos ambos como si aquello fuera un ensayo de boda.

Cumplidos ya los 9 años me cambiaron de colegio. Era uno de curas. Les llamaban los "baberos, porque tenían un tarjetón blanco debajo de la barbilla y sobre la sotana. SE decía que son muy exigentes y que hasta pegaban palos. Voy a cambiar, pues, el amor del colegio de monjas por la dura disciplina del nuevo. No sé lo que va a suceder ahora, pero, como me considero ya mayor, podré con todo menos con la ausencia de Mariemi a quien veré pocas veces. Durante la estancia en este colegio y, aunque la verdad es que los curas daban palos, quizá yo fuera uno de los privilegiados, pues, al tener buen comportamiento y buenas notas, tan solo recibí alguna que otra vez un par de reglazos en la palma de las manos.

Por si fuera poco y pasado cierto tiempo, con motivo del ascenso de mi padre en su profesión, nos trasladamos a otra ciudad. Lo triste era que voy a dejar a Mariemi y quizá no volvamos a vernos más. Antes de despedirnos hicimos un pacto, yendo al jardín por detrás de la iglesia y en un pequeño estuche metimos una nota en la que prometemos que, si algún día pasamos por allí, el primero en llegar deberá poner la dirección de donde estuviese para que quien viniera después se pusiese en contacto. Finalmente enterramos el estuche al pie de un rosal y, sin poderlo remediar, regamos el sitio con unas lágrimas. A continuación

nos fuimos a nuestras casas pues estaba anocheciendo. Lo único bonito del día fue el beso de despedida.

Han pasado muchos años desde aquel momento. Demasiados. Durante este tiempo sucedieron muchas cosas. La peor fue perder el rastro de Mariemi, aunque no su recuerdo. He recorrido medio mundo, pero nunca había vuelto al lugar en el cual pasé la infancia. Me casé, tengo hijos, nietos. Ahora soy viudo, jubilado y abuelo. Demasiados avatares buenos y malos. Es decir, la vida tal y como es. Sin embargo, un buen día decidí volver al lugar donde me crié en busca del niño que fui, ese compañero ausente, y, por supuesto, también de Mariemi. Dicho y hecho: Cuando llego a esa ciudad voy directo al barrio que me vio crecer. Una vez allí la impresión fue decepcionante. Lo que era campo y jardines estaba invadido de edificios impersonales, flanqueados por calzadas colapsadas con un tráfico agobiante. Todo mi mundo había desaparecido, incluso el parque en donde tanto jugábamos ha sido convertido en un gran aparcamiento. Desilusionado me dirijo hacia el camino de los pensamientos. El corazón me llevaba más deprisa que las piernas y cuando llego recibo otra decepción peor que la anterior. Los chalecitos eran casas de muchos pisos y las acacias habían sido sustituidas por horrendas farolas. Al final de la calle casi grito de alegría: La pequeña iglesia con su pequeño jardín seguía igual que siempre. Sentí la impresión de que me daba la bienvenida, sonriendo con su pórtico inmutable, como si se alegrara de mi presencia. Naturalmente lo primero que hice fue ir al lugar en el que Mariemi y yo enterramos el estuche. Escarbé temblándome las manos. Allí estaba, mohoso y los colores desvaídos. En su interior había un papel con una fecha, un corazón pintado, la huella de un beso y su foto. Por todo ellos supe que estuvo aquí hacía varios años. La dirección era de Granada, ciudad desconocida y lejana para mí. Había un número de móvil al que llamo varias veces, pero siempre salía una voz metálica diciendo que tal número ya no existía. Entonces pensé que tampoco estaría viva. En cualquier caso me llevo el estuche y entro en la iglesia.

Fue como volver al pasado. El mismo entarimado, aunque más gastado y ruidoso, los mismos bancos, el altar, los laterales. Todo seguía igual, sólo faltaba que saliera de la sacristía el padre Daniel tal como era. En el interior no había nadie, pero me pareció que lentamente se iba llenando con gente de aquel entonces: Los niños, los mayores, familiares. Sólo faltaba Mariemi, por lo que decidí encontrarla. Cuando salí de la iglesia, fortalecido por la oración, no me importó que el exterior fuera desconocido o indiferente, pues ahora el camino de los pensamientos se había convertido en el de la esperanza. Las farolas eran de nuevo acacias y los edificios, chalecitos con sus rejas cubiertas de flores sonrientes, pero entre las que no estaba la mejor de todas.

Al día siguiente llegué a Granada a primera hora de la tarde y fui a la dirección indicada. Anhelante, llamo a la puerta y aparece una señora entrada en años. Evidentemente no era ella. Después de saludarla cortésmente, se me ocurrió preguntar: “¿Está la señora?”. Se quedó mirando con desconfianza,

mientras decía, “ha ido a la universidad, tiene clase en la Facultad de Medicina”. “¿Es profesora entonces?”, dije. “No. Ella se jubiló de Pediatra, ahora asiste como alumna”. Me quedé sorprendido. Lo de que fuera alumna no lo esperaba. Por preguntar algo, continué “¿Vive sola?”. “Desde que es viuda está junto con su hija que acaba de salir”. Se puso pensativa, como dudosa de seguir informando a un desconocido. “Muchas gracias”, le contesté y salí a la calle donde tomé un taxi. Eran las cinco de la tarde así que llegaba a tiempo de verla. Una vez en la facultad me informo en qué aula se encontraban dando clase, pero al acercarme a la puerta preferí esperar. Sentía demasiada emoción y tenía que serenarme. Así que fui a la cafetería en donde me dijeron que a las 6 había un descanso y los alumnos iban por allí a tomar algo. Entonces pido un café y espero sentado en un rincón escondido para observar mejor, según fueran entrando. Durante la espera pensé que lo que estaba haciendo era una tontería y no tenía derecho a interferir en la vida de nadie. Que aquellos niños de entonces desaparecieron con la edad y ni ellos, ni su entorno, ni su tiempo podían ya volver. Me dieron ganas de irme sin verla y fui hacia la barra para pagar. Al meter la mano en el bolsillo tropiezo con el estuche en su interior y volví a sentarme, en cuyo momento se oye un creciente rumor de voces y pasos, aproximándose por los pasillos. Fueron entrando. La mayoría eran mujeres de cierta edad en grupos de dos o tres. Estaba dudando ya de mi elección, cuando el corazón me lo dijo. Era ella. Al levantarme sentí un mareo imprevisto producto de la emoción. Pero lo superé apretando con fuerza el estuche y me dirijo hacia la mesa en donde se habían sentado. Sin referirme en concreto a ninguna, pregunto: “Perdonen la confianza, ¿alguna de ustedes se llama Mariemi?”. Y sin esperar respuesta puse el estuche encima de la mesa.

Todo fue muy rápido. Sin hablar, pero con una inmensa sonrisa se levanta la más guapa de las tres y nos dimos un interminable abrazo delante de los demás in importarnos las miradas y comentarios. Sus aplausos nos devolvieron a la realidad. Desde entonces yo también soy alumno de la universidad de mayores. He hecho el traslado definitivo a esta ciudad de Granada y participo de las actividades de sus asociaciones, junto con Mariemi, viviendo inseparables desde que nos casamos en la pequeña iglesia de aquella ciudad en la cual, juntos también, hicimos la primera comunión, resucitando así una parte tan querida de nuestra vida, que no merecía perderse en el anonimato del olvido.

Somos felices y el estuche ocupa el mejor lugar de la casa, como testigo y centinela de nuestro primero y último amor. En él estaba nuestra infancia como un tesoro y, abriéndolo, volvimos a recuperarla en alas de una nueva ilusión.

-----o-----